

Lic. Macedonio Gil Freyre.

# EMILIO,

POR J. J. ROUSSEAU.

NOVÍSIMA TRADUCCION

DE

D. J. M.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

ADMINISTRACION

Libreria de Antonio Novo, Jacometrezo, 51.

—  
1879.



ES PROPIEDAD.

---

Imprenta de Campuzano hermanos, Ave María, 17.

# EMILIO.



Continuacion del libro cuarto.

*Profesion de fé del presbítero saboyano.*

«Hijo mio, no esperéis de mí profundos discursos, ni razonamientos científicos. No soy un gran filósofo, ni me curo mucho de serlo, pero tengo alguna vez sana razon, y siempre amé la verdad. No quiero argumentar con vos, ni menos probar á convenceros; bástame manifestaros lo que pienso con la sencillez de mi corazon. Consultad el vuestro durante mi relato, que es todo cuanto os ruego. Si me engaño, no es con malicia; basta esto para que no me sea imputado mi error á delito: y aunque del mismo modo os engañaseis vos, poco perjuicio resultaria. Si pienso bien, comun es de ambos la razon, y tenemos el mismo interés en escucharla; ¿por qué no habeis de pensar como yo?

»Nací pobre aldeano, destinado por mi condicion á labrar la tierra; pero creyeron mejor que aprendiese á ganar el pan con el oficio de sacerdote, y hallaron medio para que pudiese estudiar. Verdaderamente ni mis padres ni yo pensábamos en indagar lo que era bueno, verdadero y útil, sino lo que era menester saber para recibir las órdenes. Aprendí lo que querian que apren-



diese, dije lo que querian que dijese, me obligué como quisieron, y fui ordenado de sacerdote; mas pronto experimenté que cuando me obligué á no ser hombre, prometí mas de lo que podia cumplir.

»Nos dicen que la conciencia es obra de las preocupaciones; no obstante, por experiencia propia sé que contra todas las leyes humanas se obstina en seguir el orden de la naturaleza. En vano nos prohiben esto ó aquello; nunca el remordimiento nos acusa con energia de lo que nos permite la naturaleza bien ordenada, y con mas razon de lo que nos prescribe. Oh, buen mancebo, todavia no se ha explicado á vuestros sentidos; vivid dilatado tiempo en el venturoso estado en que su voz es la de la inocencia; acordaos que mas la ofende quien se le adelanta, que quien se le opone; menester es aprender primero á resistir, para saber cuándo es posible ceder sin culpa.

»Desde mi mocedad he respetado en el matrimonio la primera y mas sacrosanta institucion de la naturaleza. Habiéndome privado del derecho de sujetarme á él, me resolví á no profanarle, porque, no obstante mis aulas y mis estudios, siempre habia vivido una vida sencilla y uniforme, y habia conservado en mi espíritu toda la claridad de las primitivas luces, que no habian oscurecido las máximas del mundo, desviado por mi pobreza de las tentaciones que producen los sofismas del vicio.

»Esta determinacion fué justamente lo que causó mi pérdida: mi respeto del tálamo ajeno puso mis culpas patentes; fué necesario espiar el escándalo: arrestado, suspenso, expulso, fui víctima mas de mis escrúpulos que de mi incontinencia; y por las reprensiones que acompañaron á mi desgracia, quedé convencido de que basta muchas veces con agravar la culpa para evitar el castigo.

»Con pocas experiencias semejantes anda mucho camino un espíritu reflexivo. Al ver trastornadas con tristes observaciones las ideas que tenia de la justicia, de la honestidad y de todas las obligaciones humanas, cada dia perdía alguna de las opiniones en que me habian criado: y no bastando las que me quedaban para

formar un cuerpo que se pudiese sustentar por sí propio, sentí que poco á poco se oscurecia en mi entendimiento la evidencia de los principios, hasta que finalmente reducido á no saber qué pensar, llegué al mismo caso en que vos os hallais; con la diferencia de que mi incredulidad, fruto tardío de edad mas madura y mas lentamente formada, debia ser mucho mas dificultosa de desarraigarse.

»Hallábame en aquella disposicion de incertidumbre y duda que exige Descartes para la investigacion de la verdad: estado de poca duracion, lleno de inquietud y zozobra, y en que solo nos deja el interés del vicio ó la pereza del ánimo. No tenia tan extragado el corazón que hallase complacencia en él; porque nada conserva mas el hábito de reflexionar, que el vivir mas satisfecho consigo que con su fortuna.

»Meditaba, por tanto, acerca de la triste suerte de los mortales fluctuando en este mar de humanas opiniones, sin timon, sin brújula y abandonados á sus tempestuosas pasiones, sin mas guia que un piloto inexperto que no conoce el camino, y no sabe de dónde viene, ni á dónde va. Decia dentro de mí: Amo la verdad, la busco, y no puedo conocerla; muéstrenmela, y me abrazo estrechamente con ella: ¿por qué se ha de esconder al anhelo de un corazón que fué formado para adorarla?

»Aunque muchas veces he sufrido males mas graves, nunca pasé una vida tan constantemente ingrata como en estos tiempos de disturbios y congoja, pues vagando sin cesar de una en otra duda, solo sacaba de mis dilatadas meditaciones, incertidumbre, contradicciones y oscuridad acerca de la causa de mi ser, y de la regla de mis obligaciones.

»¿Cómo es posible ser excéptico por sistema y por convencimiento? No puedo comprenderlo. O no existen estos filósofos, ó son los mas desventurados de los mortales. Además, para el espíritu es violento el estado de duda acerca de las cosas que nos importa conocer: no persevera en él mucho tiempo; de un modo ó de otro se resuelve mal de su grado, y mas quiere engañarse que dejar de creer alguna cosa.

»Aumentaba mi confusion el haber nacido en una



iglesia que de todo falla, que no permite duda ninguna; un punto que desechase me obligaba á desechar todo lo demás, y la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas hacia que me repugnasen hasta las que no lo eran. Diciéndome: «Créelo todo,» me impedían que creyera nada, y no sabia dónde detenerme.

»Consulté á los filósofos, registré sus libros, examiné sus varias opiniones; todos los encontré arrogantes, afirmativos, dogmáticos, hasta en su pretendido excepticismo; que nada ignoraban, nada probaban, y se burlaban unos de otros; y este punto comun de todos me pareció el único en que tuviesen razon. Triunfantes cuando acometen, son débiles cuando se defienden. Si pesais las razones, solo para destruir las tienen; si contais los votos, cada uno está reducido al suyo; solo en disputar están acordes: escucharlos no era modo de salir de mi incertidumbre.

»Comprendí que la primera causa de esta portentosa diversidad de pareceres, es la insuficiencia del espíritu humano y la segunda su soberbia. No tenemos la medida de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones; no conocemos ni sus primeras leyes, ni su causa final; nos ignoramos á nosotros mismos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un ser simple ó compuesto; por todas partes nos cercan impenetrables misterios, superiores á la region sensible; creemos tener inteligencia para penetrarlos, y solo tenemos imaginacion. Por medio de este mundo imaginario cada uno se abre una senda que cree es la buena; mas ninguno puede saber si la suya conduce al término deseado. No obstante, queremos penetrarlo y conocerlo todo: la única cosa que no sabemos, es ignorar lo que no nos fué dado saber. Mas queremos determinarnos á la aventura, y creer lo que no existe, que confesar que ninguno de nosotros puede ver lo existente. Pequeñas partes de un gran todo, cuyos linderos se nos esconden, y que su autor abandona á nuestras locas disputas, tan vanos somos que pretendemos fallar lo que este todo es en sí, y lo que con relacion á él somos nosotros.

»Aun concediendo estuviesen los filósofos en estado

de descubrir la verdad, ¿quién de ellos se interesaria por ella? Bien sabe cada cual que su sistema no tiene mas fundamento que el de los demás; pero le sustenta, porque es suyo. Ni uno solo hay que si llegase á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiriese la mentira que ha encontrado, á la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañara á sabiendas al linaje humano? ¿Dónde el que en lo íntimo de su corazon se propone otro objeto que distinguirse? Con tal que se coloque en superior esfera de la vulgar, con tal que se eclipse el brillo de sus émulo, ¿qué mas pide? Lo esencial es pensar de otro modo que los demás. Con los creyentes es ateo; con los ateos seria creyente.

»El primer fruto que saqué de estas reflexiones, fué aprender á ceñir mis investigaciones á lo que inmediatamente me interesaba; á vivir sosegado en una profunda ignorancia de todo lo demás, y á no tomar inquietud por la duda, sino de las cosas que me importaba saber.

»Tambien comprendí que, lejos de sacarme de mis inútiles dudas, no harian los filósofos otra cosa que multiplicar las que me acongojaban, sin resolver ninguna. Tomé por tanto otro guia, y dije entre mí: Consultemos la luz interior, que me descarriará menos de lo que me descarrian estos, ó á lo menos será mi error el mio, y menos me depravaré siguiendo mis propias ilusiones, que abandonándome á sus mentiras.

»Repasando entonces en mi espíritu las varias opiniones que desde que nací me habia formado, ví que aunque ninguna de ellas fuese tan evidente que al punto determinase el convencimiento, tenían diferentes grados de verosimilitud, y el asenso interior las admitia ó las repugnaba con distinta medida. Conforme á esta primera observacion, comparando entre sí todas estas distintas ideas en el silencio de las preocupaciones, hallé que la primera y la mas comun tambien era la mas sencilla y la mas racional; y que para reunir todos los votos, no le faltaba mas que ser la última que hubiese sido propuesta. Imaginaos todos vuestros filósofos antiguos y modernos, que primero han apurado sus estafalarios sistemas de fuerzas, de acasos, de fatalidad,



de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de toda especie de materialismo, y después de todos ellos el ilustre Clarke iluminando el mundo, anunciando finalmente al Ser de los seres, y al dispensador de las cosas; ¡con cuán universal admiración, con qué unánimes aplausos hubiera sido recibido este nuevo sistema tan vasto, tan consolador, tan sublime, tan á propósito para enaltecer el ánimo, para cimentar en una base la virtud, y á un tiempo mismo tan pasmoso, tan luminoso, tan sencillito, y que á mi parecer presenta menos cosas incomprensibles al espíritu humano, que absurdos se hallan en cualquiera otro! Decía entre mí: Comunes son de todos las objeciones que no tienen solución, porque es muy limitado el espíritu humano para resolverlas; así nada prueban contra ninguno en particular: ¡pero qué diferencia en las pruebas directas! ¿No debe preferirse el único que todo lo explica, cuando no sufre mas dificultad que los demás?

»Teniendo por única filosofía el amor de la verdad, y por único método una regla fácil y llana que me dispensa de la vana sutileza de los argumentos, por esta regla vuelvo al exámen de los conocimientos que me interesan, resuelto á admitir como evidentes todos aquellos á que en la sinceridad de mi corazón no pueda negar asenso, como verdaderos todos los que me parezca que necesariamente tienen conexión con estos primeros, y á dejar todos los demás en la incertidumbre, sin desecharlos ni admitirlos, y sin afanarme en aclararlos, cuando á ninguna cosa útil pueden conducir en la práctica.

»¿Pero quién soy yo? ¿qué derecho tengo para juzgar las cosas, y qué determina mis juicios? Si estos son arastrados, forzados por las impresiones que recibo, en balde me fatigo en estas investigaciones; que ó no se harán, ó se harán por sí solas, sin que me meta yo á dirigir las. Por tanto es preciso poner primero mi contemplación en mí mismo, para conocer el instrumento de que me quiero servir y hasta qué punto puedo fiarme de su uso.

»Existo, y tengo sentidos por los cuales soy conmovido. Esta es la primera verdad que me hace impresion,

y á la que me veo precisado á dar asenso. ¿Tengo un sentir peculiar de mi existencia, ó la siento por solo mis sensaciones? Esta es mi primera duda, que por ahora no me es dado resolver, porque como sin cesar me mueven sensaciones, ó inmediatamente ó por la memoria, ¿cómo he de poder saber si el sentir del yo es una cosa fuera de estas mismas sensaciones, y si puedo ser independiente de ellas?

»Dentro de mí suceden mis sensaciones, puesto que me hacen sentir mi existencia; pero su causa es ajena de mí, puesto que me mueven sin mi voluntad, y que de mí no pende producir las, ni aniquilar las. Así concibo con claridad que no son una misma cosa mi sensación que está en mí, y su causa ó su objeto que está fuera de mí.

»Así que no solo existo yo, sino que existen otros seres, es decir, los objetos de mis sensaciones; y aun cuando estos objetos fuesen meras ideas, siempre es cierto que yo no soy estas ideas.

»Todo cuanto siento fuera de mí y obra en mis sentidos, lo llamo materia; y todas las porciones de materia que concibo reunidas en seres individuales, las llamo cuerpos. De esta suerte nada significan para mí todas las disputas de los idealistas y los materialistas, y son fantásticas sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpos.

»Ya estoy tan cierto de la existencia del universo como de la mía. Reflexiono luego sobre los objetos de mis sensaciones; y encontrando en mí la facultad de compararlas, me siento dotado de una fuerza activa que antes ignoraba poseer.

»Percibir es sentir, comparar es juzgar; juzgar y sentir no son una misma cosa. En la sensación, se me presentan los objetos separados, aislados, como están en la naturaleza; por la comparación, los muevo, los trasplanto, por decirlo así, los pongo uno encima de otro para fallar de su diferencia ó de su semejanza, y en general de todas sus relaciones. A mí entender, la facultad distintiva del ser activo ó inteligente consiste en poder dar un significado á la palabra *es*. En vano busco en el ser meramente sensitivo aquella fuerza inteligente



que sobrepone y que luego falla; no puedo descubrirla en su naturaleza. Este ser pasivo sentirá separadamente cada objeto; también sentirá el objeto total formado de ambos; pero como no tiene fuerza ninguna para colocarlos uno encima de otro, nunca los comparará, ni los juzgará.

»Ver dos objetos á la par, no es ver sus relaciones, ni juzgar de sus diferencias; percibir muchos objetos unos fuera de otros, no es numerarlos. En un mismo instante puedo tener idea de un palo grande y de un palo chico sin compararlos, sin juzgar que uno es mas chico que otro, como puedo ver de una vez mi mano entera sin contar mis dedos (1). Estas ideas comparativas, *mas grande, mas chico*, lo mismo que las ideas numéricas de *uno, de dos, etc.*, ciertamente no son sensaciones, aunque solo con ocasion de las sensaciones las produzca mi espíritu.

»Nos dicen que el ser sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que entre sí tienen estas mismas sensaciones: esto necesita explicacion. Cuando son diferentes las sensaciones, las distingue el ser sensitivo por sus diferencias; cuando son semejantes, las distingue porque las siente unas fuera de otras. Si no, ¿cómo habia de distinguir en una sensacion simultánea dos objetos iguales? Precisamente seria necesario que confundiese estos dos objetos y los creyese uno mismo, especialmente en un sistema que pretende no son extensas las ideas representativas de la extension.

»Cuando se han percibido las dos sensaciones que se han de comparar, ya está hecha su impresion; cada objeto está sentido así, pero no su relacion. Si el juicio de esta relacion fuese una mera sensacion, y si únicamente me viniese del objeto, nunca me engañarian mis juicios, puesto que nunca es falso que sienta lo que siento.

»¿Pues por qué me engaño yo acerca de las relacio-

(1) Las relaciones del señor de la Condamine nos hablan de un pueblo que no sabia contar pasado de tres; no obstante, los hombres que formaban este pueblo tenían manos, y habrian mirado muchas veces sus dedos, sin saber contar hasta cinco.

nes de estos dos palos, sobre todo si no están paralelos? ¿Por qué digo, por ejemplo, que el palo chico es la tercera parte del grande, cuando no es mas que la cuarta? ¿Por qué no es conforme la imagen, que es la sensacion, con su modelo, que es el objeto? Porque soy activo cuando juzgo, porque la operacion que compara es defectuosa y porque mi entendimiento, que juzga las relaciones, mezcla sus errores con la verdad de las sensaciones que solo los objetos muestran.

»Añádase á esto una reflexion que admirará si se piensa bien en ella; y es que si fuéramos meramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no habria entre ellos comunicacion ninguna, ni nos seria posible conocer que el cuerpo que tocamos, y el objeto que vemos, fuesen uno mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, ó habria para nosotros cinco sustancias sensibles, cuya identidad no tendríamos medio alguno de conocer.

»Demos tal ó cual nombre á aquella fuerza de mi espíritu que aproxima y compara mis sensaciones; llamémosla atencion, meditacion, reflexion ó como queramos; siempre es cierto que está en mí y no en las cosas, que yo solo soy quien la produzco, aunque solo sea con motivo de la impresion que en mí hacen los objetos. Sin ser árbitro de sentir ó no sentir, lo soy de examinar mas ó menos lo que siento.

»Luego no soy un ser meramente sensitivo y pasivo, sino un ser iateligente y activo; y diga lo que quiera la filosofia, me atreveré á pretender la honra de pensar. Solo sé que la verdad está en las cosas y no en mi espíritu que las juzga, y que cuanto menos mio pongo en los juicios que hago, mas cierto estoy de acercarme á la verdad: de manera que mi regla de abandonarme mas al sentimiento que á la razon, la confirma la razon misma.

»Habiéndome asegurado, por decirlo así, de mí propio, empiezo á mirar fuera de mí, y no sin estremecerme contemplo arrojado, perdido en este vasto universo, y como anegado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni absolutamente, ni entre sí, ni con respecto á mí. Los estudio, los observo; y el pri-



mer objeto que se me presenta para compararlos, soy yo mismo.

»Todo cuanto percibo por los sentidos es materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia de las cualidades sensibles que me la hacen conocer, y que son inseparables de ella. Véola unas veces en movimiento, y otras en quietud (1); de donde colijo que no le son esenciales ni la quietud, ni el movimiento; pero que siendo el movimiento una acción, es efecto de una causa cuya ausencia es la quietud. Así cuando nada obra en la materia, no se mueve; y por lo mismo que es indiferente para la quietud y para el movimiento, su estado natural es permanecer en quietud.

»En los cuerpos percibo dos especies de movimiento; movimiento comunicado y movimiento espontáneo. En el primero, la causa motriz es ajena del cuerpo movido; y en el segundo la causa está en el mismo cuerpo. No deduciré por esto que el movimiento de un reloj de bolsillo, por ejemplo, sea espontáneo, porque si no obrase en él ninguna cosa ajena del muelle, no haría esfuerzo por enderezarse, ni tiraría la cuerda. Por la misma razón, tampoco concederé la espontaneidad á los fluidos, ni aun al fuego que constituye su fluidez (2).

»Me preguntareis si son espontáneos los movimientos de los animales, y os diré que no lo sé, pero que la analogía induce á afirmarlo así. También me preguntareis cómo sé yo que hay movimientos espontáneos, y os diré que lo sé porque lo siento. Quiero mover mi brazo y le muevo, sin que tenga este movimiento otra causa inmediata que mi voluntad. En balde fuera procurar destruir con argumentos esta íntima conciencia mía,

(1) Si queremos, será esta quietud solamente relativa; pero una vez que observamos mas y menos movimiento, concebimos con mucha claridad uno de los últimos términos, que es la quietud; y tan bien la concebimos, que estamos propensos á reputar absoluta la quietud que solo es relativa. Luego, no es verdad que el movimiento sea esencial á la materia, si puede concebirse esta inquietud.

(2) Consideran los químicos el flogisto, ó el elemento del fuego, como esparcido, inmóvil, y estancado en los mixtos de que hace parte, hasta que por la acción de causas extrañas se desprende, se reúne, se pone en movimiento, y se convierte en fuego.

que es mas fuerte que toda evidencia; tanto valdria querer probarme que no existo.

»Si no hubiese espontaneidad ninguna en las acciones de los hombres, ni en nada de cuanto en la tierra se hace, todavía nos hallaríamos mas apurados para imaginar la causa primera de todo movimiento. Yo por mí, de tal manera me siento persuadido de que el estado natural de la materia es permanecer en quietud, y de que por sí misma no tiene fuerza ninguna para obrar, que al punto que veo un cuerpo que se mueve, juzgo, ó que es un cuerpo animado, ó que le ha sido comunicado el movimiento; y mi espíritu rehusa conceder que una materia no organizada se mueva por sí misma, ó produzca alguna acción.

»Sin embargo, este universo visible es materia des-parramada y muerta (1), que nada tiene en su todo de cuanto constituye la unión, la organización y el sentimiento comun de las partes de un cuerpo animado, puesto que nosotros, que somos partes, de ninguna manera nos sentimos en el todo. Este mismo universo está en movimiento; y en sus movimientos regulares, uniformes, sujetos á leyes constantes, nada tiene de aquella libertad que se ve en los espontáneos del hombre y los animales. Luego no es el mundo un vasto animal que por sí propio se mueva, y tienen sus movimientos una causa ajena de él, que yo no percibo; mas la persuasión ínterna de tal manera me hace sensible esta causa, que no puedo ver moverse el sol, sin imaginarme una fuerza que le empuja; ó si gira la tierra, creo ver una mano que la hace girar.

»Si es necesario admitir leyes generales cuyas relaciones esenciales con la materia no percibo, ¿qué habré adelantado? Estas leyes no son seres reales ó sustancias, luego tienen algun otro fundamento que no conozco. La experiencia y la observación nos han dado á

(1) He hecho los mayores esfuerzos para concebir una molécula viviente, sin poderlo conseguir. Parece ininteligible y contradictoria la idea de la materia que siente sin tener sentidos. Para adoptar ó des-echar esta idea, sería menester comprenderla primero, y yo confieso que no tengo esa dicha.



conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin manifestar las causas, y no bastan para explicar el sistema del mundo y los fenómenos celestes. Descartes formaba con cubos el cielo y la tierra; pero ni pudo dar el primer impulso á estos cubos, ni poner en acción su fuerza centrífuga, sin valerse del movimiento de rotación. Newton ha encontrado la ley de la atracción; pero la atracción sola en breve reduciría el universo á una masa inmóvil, y ha sido necesario juntar con esta ley una fuerza proyectil, para hacer que los cuerpos celestes describan curvas. Díganos Descartes qué ley física ha hecho dar vueltas á sus torbellinos; muéstranos Newton la diestra que ha lanzado á los planetas por la tangente de sus órbitas.

»Las primeras causas del movimiento no existen en la materia; esta recibe el movimiento y le comunica, mas no le produce. Cuanto mas observo la acción de las fuerzas de la naturaleza, que obran unas en otras, mas me convengo que de efecto en efecto siempre vendremos á parar á una voluntad por causa primera; porque suponer un progreso infinito de causas, es no suponer ninguna. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro, solo puede proceder de un acto espontáneo y voluntario; los cuerpos inanimados no obran mas que por el movimiento, y sin voluntad no hay acción verdadera. Este es mi primer principio. Creo que una voluntad mueve el universo y anima la materia: este es mi primer dogma ó mi primer artículo de fé.

»¿Cómo una voluntad produce una acción física y corporal? No lo sé, pero en mi experimento que la produce. Quiero obrar, y obro; quiero mover mi cuerpo, y le muevo; pero es cosa incomprensible y de que no hay ejemplo, que un cuerpo inanimado y en quietud se lleve á mover por sí mismo, ó produzca el movimiento. Por sus actos, y no por su naturaleza, me es notoria la voluntad: conozco á esta como causa motriz; pero concebir la materia produciendo el movimiento, es concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

»Tan imposible es concebir cómo mi voluntad mue-

ve mi cuerpo, cuanto lo es cómo mis sensaciones se imprimen en mi alma; y no atino por qué ha parecido uno de estos misterios mas fácil de explicar que el otro. Por lo que á mi toca, ora sea pasivo, ora activo, me parece absolutamente incomprensible el medio de unión de ambas sustancias. Es muy extraño que aleguen esta misma imposibilidad para confundir las dos sustancias, como si operaciones de tan diferente naturaleza se explicaran mejor con un solo sujeto que con dos.

»Oscuro es el dogma que acabo de establecer, es cierto, pero al fin presenta un significado, y nada tiene que repugne á la razón, ni á la observación: ¿podemos decir otro tanto del materialismo? ¿No es claro que si el movimiento fuese de esencia de la materia, sería inseparable de esta, que siempre estaría en el mismo grado, que sería el mismo siempre en cada porción de materia, que sería incomunicable, que no podría aumentar ni disminuir, y que ni siquiera pudiéramos concebir la materia en quietud. Cuando me dicen que el movimiento es necesario en ella, pero no esencial, quieren alucinarme con palabras que serían mas fáciles de refutar si significasen algo mas: porque si viene el movimiento á la materia de sí misma, entonces es esencial de ella; si le viene de una causa extraña, solo es necesario en la materia en cuanto obra en ella la causa motriz; y entonces volvemos á la primera dificultad.

»Las ideas generales y abstractas son el manantial de los mas crasos errores de los hombres; los nombres revesados de la metafísica nunca hicieron descubrir ni siquiera una verdad, y han llenado la filosofía de disparates que causan rubor, en cuanto se les quitan esas palabras retumbantes con que vienen disfrazados. Decidme, amigo mio, si cuando os hablan de una fuerza ciega esparcida en toda la naturaleza, ofrecen alguna idea á vuestro espíritu. Creen que con los vocablos vagos de fuerza universal, de movimiento necesario, dicen algo, y no han dicho nada. La idea de movimiento no es otra cosa que la de mudanza de un lugar á otro: no hay movimiento sin una dirección; porque no puede un ser individual moverse á la par en todos sentidos. ¿Pues en qué sentido se mueve necesariamente la materia? ¿Tiene



toda la materia en globo un movimiento uniforme, ó tiene cada átomo el suyo propio? Segun la primer idea, debe todo el universo formar una masa indivisible y sólida; segun la última, solo formará un fluido incoherente y desparramado, sin ser dable que nunca se reunan dos átomos. ¿En qué direccion se efectuará este movimiento comun de toda la materia? ¿Será en línea recta ó circular, hácia arriba ó hácia abajo, á la derecha ó á la izquierda? ¿Si tiene cada molécula de materia su peculiar direccion, cuáles serán las causas de todas esas direcciones y diferencias? Si no hiciese cada molécula de materia mas que girar sobre su propio centro, nunca saldria nada de su lugar, ni habria movimiento comunicado; y aun seria preciso que este movimiento circular fuese determinado en algun sentido. Atribuir á la materia el movimiento por abstraccion, es decir una cosa que nada significa; y darle movimiento determinado, es suponer una causa que le determine. Cuanto mas multiplique las fuerzas particulares, mas causas nuevas tendré que explicar, sin hallar nunca agente ninguno comun que las dirija. Lejos de poder imaginar orden ninguno en el concurso fortuito de los elementos, ni siquiera puedo imaginar su discordia, y mas incomprendible es para mí el caos del universo que su armonía. Bien entiendo que pueda no ser inteligible para el espíritu humano el mecanismo del mundo; pero así que un hombre se mete á explicarle, debe decir cosas que entiendan los hombres.

»Si la materia movida me demuestra una voluntad, la materia movida segun ciertas leyes, me demuestra una inteligencia: es mi segundo artículo de fé. Obrar, comparar, escoger, son las operaciones de un ser activo y pensador: luego existe este ser. ¿Dónde veis su existencia? vais á decirme. No solo en los cielos que giran, en el astro que nos alumbrá; no solo en mí mismo, sino en la oveja que paca, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que se lleva el viento.

»Juzgo del orden del mundo, aunque ignore para qué fin fué hecho, porque para juzgar de este orden me basta comparar entre sí las partes, estudiar su concurso, sus relaciones, y notar su consonancia. No sé por

qué existe el universo; pero no dejo de ver cómo está ordenado; ni tampoco dejo de conocer la interna correspondencia por la cual se dan mútuo auxilio los seres que le componen. Soy semejante á un hombre que por vez primera viese abierto un reloj de bolsillo, que no dejaria de admirarle el trabajo, aunque no supiese el uso de la máquina, ni viese el horario. No sé, diria, para qué sirve todo esto; pero veo que cada pieza está hecha para las demás: me maravilla el artifice en lo circunstanciado de su trabajo, y estoy cierto de que todas estas ruedas, que así andan acordes, concurren á un fin comun que no puedo determinar.

»Comparemos los fines particulares, los medios, las relaciones coordinadas de todo género; luego escuchemos el sentimiento interno. ¿Qué entendimiento sano se puede negar á su testimonio? ¿A qué ojos no preocupados no les anuncia una inteligencia suprema el orden sensible del universo? ¡Cuántos sofismas hay que hacinar para desconocer la armonía de los seres, y el concurso admirable de cada pieza para la conservacion de las demás! Háblenme cuanto quieran de combinaciones y acasos. ¿Qué sirve que me reduzcan al silencio, si no logran persuadirme? ¿Y cómo me han de quitar el sentimiento involuntario que los desmiente á mi despecho? Si se combinaron de mil maneras los cuerpos organizados antes de tomar formas constantes; si se formaron primero estómagos sin bocas, piés sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de todo género que han perecido por no haberse podido conservar, ¿por qué no se ofrece ya á nuestra vista ninguna de estas pruebas informes? ¿Por qué se ha prescrito al fin la naturaleza leyes á que al principio no se habia sujetado? No debo extrañar que suceda una cosa cuando es posible, y cuando la dificultad del suceso la compensa la cantidad de suertes; así lo confieso. Si viniesen, no obstante, á decirme que unos caracteres de imprenta, tirados á la ventura, habian dado la Eneida toda entera, no me dignaria dar un paso para demostrar que era mentira. Os olvidais, me dirán, de la cantidad de suertes. ¿Empero cuántas de estas suertes es menester que suponga para hacer verosímil la com-



binación? Por mí, que una sola veo, tengo lo infinito que apostar contra uno, á que no es su producción efecto del acaso. Añádase que suertes y combinaciones nunca darán otra cosa que productos de la misma naturaleza que los elementos que se combinan, que nunca la organización y la vida resultarán de un choque de átomos, y que un químico que combine mixtos no hará que en su crisol sientan y piensen (1).

»Admirado y casi escandalizado he leído á Nieuventit. ¿Cómo pudo probar este hombre á componer un libro de las maravillas de la naturaleza, que manifiestan la sabiduría de su autor? Tan abultado como el mundo sería su libro, y no habría apurado la materia; y luego que uno quiere meterse á circunstanciar, se olvida la mayor maravilla, que es la armonía y la concordancia del todo. Sola la organización de los cuerpos vivientes y organizados es el abismo del espíritu humano; la insuperable valla que ha puesto la naturaleza entre las varias especies, para que no se confundieran, manifiesta sus intenciones con la mas palpable evidencia. No se ha contentado con establecer el orden; sino que ha tomado medidas ciertas para que nada le pudiera perturbar.

»No hay un ser en el universo que bajo algun aspecto no se le pueda considerar como centro comun de todos los demás, en torno del cual se coordinen todos, de suerte que todos son reciprocamente fines y medios unos con relacion á otros. Se pierde y se confunde nuestro espíritu en esta infinidad de relaciones, que ni una sola está perdida ó confundida en la naturaleza. ¡Cuántas suposiciones absurdas hay que hacer para deducir esta armonía del ciego mecanismo de la materia movida

(1) ¿Quién creería, si nouviésemos la prueba de ello, que pudiera llegar hasta este punto la extravagancia humana? Amato Lusitano afirmaba que habia visto metido en un vaso un hombrecillo de una pulgada de alto, que, cual otro Prometeo, habia hecho Julio Camilo por la ciencia alquímica. Paracelso, *de natura rerum*, enseña el modo de producir estos hombrecillos, y sostiene que los pigmeos, los faunos, los sátiros y las ninfas fueron engendrados por la química. Efectivamente, para sentar la posibilidad de estos hechos, no veo quede mas que afirmar que la materia orgánica resiste al ardor del fuego, y que sus moléculas se pueden conservar con vida dentro de un horno de reverbero.

fortuitamente! Los que niegan la unidad de intencion que se manifiesta en las relaciones de todas las partes de este gran todo, en vano cubren su confusion con abstracciones, coordinaciones, principios generales y términos emblemáticos; hagan lo que quieran, no puedo yo concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados, sin concebir una inteligencia que le ordene. Me es imposible creer que la materia pasiva y muerta haya podido producir seres vivientes y sensitivos, que una fatalidad ciega haya podido producir seres inteligentes, y que lo que no piensa haya podido producir seres que piensen.

»Por tanto creo que el mundo está gobernado por una voluntad poderosa y sabia; lo veo así, ó mas bien lo siento, y me importa saberlo. ¿Pero este mundo es eterno ó criado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos ó muchos; y cuál es la naturaleza de ellos? No lo sé: ¿y qué me importa? Al paso que me interesen estos conocimientos, haré esfuerzos por adquirirlos; hasta tanto renuncio á cuestiones ociosas que pueden causar inquietudes á mi amor propio; que además son inútiles para conducirme, y exceden los alcances de mi razon.

»Acordaos de que no siento como doctrina mi dictámen, sino que le manifiesto. Bien sea eterna ó criada la materia, bien haya ó no un principio pasivo, siempre es cierto que el todo es uno y anuncia una inteligencia única; porque nada veo que no esté coordinado á un mismo sistema, y no concurra al mismo fin, que es la conservacion del todo en el orden establecido. Este ser que quiere y puede, este ser activo por sí mismo, finalmente, este ser, sea cual fuere, que mueve el universo y coordina todas las cosas, le llamo yo Dios. A este nombre agregó las ideas de inteligencia, potencia y voluntad, que he reunido, y la de bondad, que es consecuencia necesaria de ellas; mas no por eso conozco mejor al ser que así he llamado; se esconde por igual de mis sentidos y de mi entendimiento; cuanto mas pienso en él, mas me confundo; sé con toda certeza que existe y que existe por sí mismo; sé que mi existencia está subordinada á la suya, y que todas cuantas cosas conozco se encuentran en el mismo caso. En todas partes reco-